

## Opinión

LA TRIBUNA

## Del Plan E al Efecto E



Alejandro Suárez Sánchez-Ocaña

CEO Ocio Networks

NUESTRAS ciudades siguen llenas de enormes carteles que anuncian el ocaso de lo que fue el famoso Plan E, un perfecto ejemplo de la (absurda) economía soviética: 100 hombres abriendo zanjas para semanas después tener otros 100 hombres cerrándolas, todo ello presidido por un enorme cartel promocional que indica "hombres haciendo zanjas". ¿Cuántos millones de euros malgastados en enormes carteles de 1.500 euros cada uno?

El controvertido Plan E que prometía proveer al país de una economía sostenible no ha hecho más que poner parches a las consecuencias devastadoras que está dejando la crisis económica.

Para muchos de nosotros el Plan E fue un absurdo desde el día que se anunció; significaba pan para hoy y hambre para mañana. Desde el primer momento, estas medidas fueron un divertimento, una ridícula manera de dar empleo temporal a miles de personas, esperando que entre tanto amainara la tormenta, cosa que no ha sucedido.

Entre las muchas razones para la puesta en marcha de este plan podría estar la de la falta de previsión, aunque la opción más acertada es la falta de conocimiento y la necesidad continua, por parte del Gobierno, de ofrecer una cara amable, políticamente correcta y, por supuesto, con talante. Venga el problema que venga, ¿sonrían, que nos están mirando!

Y digo yo, ¿no hubiera sido más fácil, y más sensato, invertir esos recursos en generar valor, en crear empresas que luego con ese empujón pudieran haber salido adelante y dar trabajo a medio plazo a más personas? Pues por lo que parece no. A buen seguro que una de las razones es que generando valor real no se hubieran podido llenar las calles de enormes carteles promocionales, y la percepción de que "se está haciendo algo" no hubiera existido. Estamos en el mundo de las apariencias, donde a nuestra clase dirigente le importa más que "parezca" que se hace algo a que se ha-

**Tenemos que mirar al exterior, intentar generar confianza con nuestras actuaciones y, ahora más que nunca, pensar en global y no sólo en el mercado local: es la única posibilidad de que nos vean como país de oportunidades**



gan cosas más efectivas si no son rentables en términos políticos inmediatamente.

Si la primera parte de la crisis la marcó el Plan E, la segunda parte en la que estamos inmersos la marca el Efecto E.

Desde hace algunos meses, en el mundo financiero, sobre todo fuera de España y de forma más acentuada fuera de Europa, se habla del Efecto E, esto es, el "riesgo país", que hace que, especialmente desde Estados Unidos y Asia, haya muchas reticencias a invertir en compañías españolas por el miedo y la inseguridad que generamos fuera de nuestras fronteras.

Durante el mes de septiembre el número de desempleados en España superó los 4 mi-

llones. Con el paro por las nubes, con una reforma laboral cada vez más descafeinada y con nuestros actuales problemas estructurales y de deuda soberana, a ojos de los inversores no hay pocas, sino poquísimas posibilidades, de que España salga del pozo antes de cuatro o cinco años. Esta percepción, exagerada o no, marca las relaciones de pymes españolas con sectores exteriores.

En un momento de mercado en el que en clave interna el ICO no está (ni se le espera), los bancos recortan los créditos, ya que consideran que existe una falta de calidad en la demanda de éstos, y la consecuencia más palpable es el descenso en el consumo y en la liquidez de los ciudadanos

Según afirmó la vicepresidenta del Gobierno, Elena Salgado, la concesión de créditos a autónomos ha aumentado durante el año 2010 un 28% respecto al año anterior. Parece un porcentaje aceptable, dadas las circunstancias. No obstante, si sacamos las cuentas, un 28% respecto al año anterior son sólo 53.400 empleados; esto quiere decir que únicamente un 2% del total del colectivo se ha visto beneficiado por las facilidades financieras del crédito oficial del Estado. De nuevo nos disfrazamos de cifras y porcentajes para que "parezca" que avanzamos.

En estas circunstancias, lo único que nos faltaba que se cerrara es el acceso a la financiación internacional y, desgraciadamente, de forma paulatina está sucediendo: es la principal consecuencia del Efecto E.

Hace pocas fechas un fondo de capital riesgo americano que estaba interesado en una innovadora pyme española hace ya más de dos años, nos comentaba que habían desistido de participar en la compañía debido al "riesgo país". Un intangible cruel, que hace que nuestras empresas compitan en peores condiciones al no existir apenas financiación local y al estar cerrado el grifo de financiación internacional simplemente por el hecho de ser españoles.

Tenemos que mirar al exterior, intentar generar confianza con nuestras actuaciones y, ahora más que nunca, pensar en global, no sólo en el mercado local. Ésa es a día de hoy la única posibilidad de que desde fuera nos vean como un país de oportunidades, que volvamos a ser lo que hasta hace bien poco fuimos, en una época menos lejana de lo que parece.

Si hablamos de funcionarios, en seguida nos acordamos de los personajes de las películas de Berlanga que intentaban echar una solicitud para un empleo, y cuando al fin lograban que alguien les atendiera al otro lado de la ventanilla, sólo obtenían una agria negativa por parte de un empleado que ni siquiera se dignaba asomar la cabeza ("Pero hombre de Dios, ¿no ve usted que le falta la fe de vida?"). En España es normal que se tenga un cierto desprecio por los funcionarios, a los que asociamos con la desidia o el malhumor o el escaso celo profesional, pero olvidamos que la existencia de los funcionarios es la única garantía para el buen funcionamiento de un Estado de derecho. Sin un cuerpo de profesionales de la Administración que no dependan de nadie para ganarse el sueldo—ni de partidos ni de empresas ni de particulares—, es imposible velar por el bien público y por el cumplimiento de las leyes en igualdad de condiciones para todos. Es tan sencillo como eso. Y tan complejo como eso.

La existencia de un cuerpo de funcionarios bien cualificados y que han sido seleccionados con criterios de mérito y de imparcialidad es una de las grandes conquistas del Estado moderno. El buen funcionamiento de una democracia no es posible sin los funcionarios de carrera, por la sencilla razón de que son los únicos que pueden ga-

rantizar la limpieza de los procesos electorales y la buena gestión de los organismos públicos. El sueño de todos los déspotas—pasados y presentes y futuros— es poder elegir a los funcionarios con criterios caprichosos—es decir partidistas—, para tener así una Administración obediente que se doblegue siempre a sus intereses. Y ésa sería la peor pesadilla para los ciudadanos que pagan impuestos y que desean unos servicios públicos bien gestionados y atendidos.

Por eso causa tanta alarma—o al menos a mí me la causa— que la Junta de Andalucía haya aprobado un decreto por el que se puede hacer funcionario de carrera a unas 20.000 personas que no han pasado por ningún proceso selectivo. Sé, por desgracia, que lo que aquí pretende hacer el PSOE es lo mismo que el PP ha hecho o pretende hacer en las comunidades donde gobierna, pero eso no es una excusa, sino una muestra más de la gravedad de la iniciativa. No sé si los promotores de este decreto se dan cuenta de que están dinamitando los fundamentos del Estado. Y tampoco sé si se dan cuenta de que no puede existir el Estado del bienestar si antes no existe un cuerpo de funcionarios seleccionado con criterios de independencia, mérito y cualificación profesional. Si este decreto se lleva a término, estaremos volviendo a los terribles tiempos de la España negra de Berlanga. A lo mejor nos lo merecemos, pero no deja de ser una pésima noticia.

DE POCO UN TODO

Enrique García-Máiquez



## Oídos sordos

NUNCA he lamentado tanto que un nacionalista no tuviese, aunque fuese por una vez en su vida, un poco de razón, aunque fuese en un tanto por ciento. Pero qué va, éstos no dicen una verdad ni con rebajas. ¡Con lo bien que me hubiese venido no pagar impuestos, incluso nada más que en este noviembre, que ha llegado el desglose del 40 %, atacando por la espalda! Dan ganas de mandarle la cuenta a Puigercós. Para que vea.

En lo psicológico, asombra que en los insultos se escondan siempre los deseos más íntimos del insultante, porque ¿qué podría gustar más a Puigercós que no pagar algo? Pero no caigamos nosotros, por Dios, en la cultura de la queja. Aprovechemos la ocasión para desdeñar el lloriqueo de sesión continua, el agravio comparativo y tanta estrategia de ir dando pena, que, efectivamente, la da. Los señores hemos sido siempre espléndidos, con razón o, la mayoría de las veces, sin ella, y hemos asumido la envidia como un IVA moral, un impuesto añadido al valor. Recuérdese al hidalgo de *El Lazarillo de Tormes*, que no permitía que su miseria se transparentase, y es el personaje mejor tratado de la novela. No hay en España hoy donde poner los ojos que no impere el antihidalgo, o sea, el pícaro, o peor aún, el que vive como un rey en la

**En lo psicológico, asombra que en los insultos se escondan siempre los deseos más íntimos del insultante**

intimidad, pero en público muestra sus llagas, más que nada morales, por sacar unos céntimos o unos votos.

En cambio, Ramón Gaya en su *Milagro español* detecta que "todo el arte español parece aspirar a eso: a no hacerse, a valer—eso sí— sin necesidad de hacerse. [...] El arte español aspira a no hacerse, no por pereza, sino por soberbia". Y saber vivir ¿no es otro arte más? Por eso hay algo tan incómodo y enseguida tan cansado en oír a uno presumiendo de cómo se gana la vida. Qué poco ángel. Fardar de trabajar mucho es como presumir de hacer la digestión; y fardar de pagar a Hacienda es ya algo incomprensible, verdaderamente; para lo que es más elegante no ponerse a buscar comparaciones.

Podríamos discutir con Puigercós, y recordarle, como mínimo, que los impuestos son personales, si no ha olvidado qué es eso, y no regionales, pero para qué. Mejor sonreír con un cansancio *manuelmachadiano*, no entrar al trapo, pegarle media verónica y, si te oí, no me acuerdo. Yo aconsejaría a mis conciudadanos de Andalucía que, cuando nos acusen de señoritos o de pobres felices (que es mejor), de vivir del aire, de rumbosos, de despreocupados o de poco trabajadores, no les desengañemos demasiado, aunque podríamos. Empeñarse en desengañar al engañado satisfecho requiere un esfuerzo ímprobo, es inútil, no está pagado y no desgrava a Hacienda.

EN TRÁNSITO

Eduardo Jordá



## Funcionarios